

Congelado

Daniel G. Domínguez

Todo estaba oscuro a su alrededor, tan solo podía ver unas pequeñas chispas de múltiples colores que centelleaban aquí y allá. Sentía que un intenso frío le envolvía, sobre todo por su espalda, la parte trasera de las piernas y la nuca... No podía reaccionar, como si un intenso sueño le impidiese actuar de alguna manera. ¿Por qué no podía abrir los ojos? Aquello empezaba a ponerle realmente nervioso, pero se calmó a sí mismo pensando en que, lo más seguro, aquello fuese un sueño, o ¿quién sabe? Tal vez fuese uno de esos casos de parálisis del sueño que ya había tenido, en el que su cerebro ya había despertado, pero su cuerpo aún no.

No importaba cuantas veces le había pasado, tener un episodio de este tipo ponía nervioso a cualquiera... Eres consciente de que estás despierto, pero por más que quieras moverte, ninguna parte de tu cuerpo responde, como si la conexión entre la mente y lo físico, lo tangible, aún no hubiese sucedido, volviéndote indefenso por completo ante todo. ¿Indefenso ante todo? Se volvió a calmar pensando en que en su cama no había nada peligroso que le atacase, de hecho, no había nada para su desgracia.

Escuchó su propia voz en algún rincón de su mente riendo, a la vez que pensaba en que lo más grave que podía pasarle era caerse de la cama y levantarse con un importante chichón, pero que este tampoco iba a ser el caso, total, no podía mover ni un ápice de su cuerpo...

Aun así, aquello no era agradable. «¡Levántate ya, cabronazo!», volvió a escuchar su voz con eco, a la vez que intentaba enviar el comando a alguna de sus extremidades, sin éxito alguno.

Fue en ese exacto momento cuando sintió que algo tibio, incluso puede que bastante caliente, no sabría distinguirlo, le tocó su vientre.

¿Qué cojones había sido eso? Era una sensación algo extraña, como si alguien le estuviese tocando con unos dedos incandescentes. Intentó restarle importancia, seguro que era su mente jugándole una mala pasada.

Volvió a sentir algo, algo que incluso le resultó familiar, pero esta vez no sintió calor alguno. Esa «cosa», por llamarla de alguna manera, le recorría de manera intermitente el torso. Algo ligeramente húmedo y a la vez suave. Fuese lo que fuese aquello, se movía desde su pecho hasta donde antes había sentido aquellos dedos venidos del infierno. Fue entonces cuando sintió verdadero terror. Aquel episodio de parálisis del sueño no se parecía a ningún otro de los que había tenido. Sentía que algo peligroso estaba pasando, algo de lo que debía deshacerse, necesitaba despertarse ya.

Envió ordenes en todas direcciones. En su mente imaginaba como impulsos eléctricos con aquellos comandos iban desde su cerebro hasta sus piernas, manos, brazos, ojos, cualquier parte del cuerpo que las escuchase. Y sin embargo, seguía sin poder mover nada. Reunió toda la concentración que pudo y se limitó a intentar sentir su alrededor, buscando alguna pequeña pista de qué estaba pudiendo suceder en el exterior. La información que le llegó de diferentes partes le hizo entrar en pánico.

Su columna se encontraba muy rígida, no descansaba sobre el mullido colchón de su cama. La superficie era rígida y el frío intenso que le llegaba de toda su parte posterior, indicaba que lo más seguro, es que aquella superficie fuese metálica. También logró comprender, que los dedos que le habían tocado no eran de fuego; su torso, parte delantera de las piernas y brazos y la cara, aunque menos frías, también estaban heladas. Otro hecho indiscutible le vino a la mente tras unir todas aquellas sensaciones: se encontraba completamente desnudo. Buscó en su mente y encontró el recuerdo de qué era aquello que había sentido húmedo y suave: recordó cuando en su infancia le gustaba hacerse dibujos con rotulador sobre la piel.

No quería creer lo que estaba sucediendo. Desesperado, rebuscó en su aterrorizada y confusa mente que era lo último que recordaba. Al principio solo podía ver una espesa bruma, desde que había despertado, si es que podía decir que lo había hecho, la sentía abotargada, como si estuviese funcionando muy por debajo del nivel normal al que solía hacerlo.

Tras unos instantes que le resultaron eternos, lo consiguió.

Volvía en su coche a casa, por una carretera secundaria, después de la cena de empresa. Recordó que no había hecho mucho caso a la señal de «peligro, hielo» y no aminoró ni siquiera un poco, despreocupado porque ya conocía la carretera. Pero el invierno estaba siendo duro y acababa de helar sobre el pavimento... Recordó también cuando perdió el control del vehículo que fue dando bandazos hasta salirse de la carretera y estrellarse contra un árbol. Recordó las sirenas e incluso al enfermero que trató de reanimarlo. Y ya no recordó más, excepto el despertarse con aquel frío penetrante.

Y entonces lo comprendió.

Aquel frío no era otro que el de la muerte.

Suplicó para que su mente se desconectase lo antes posible. No se preguntó ni el porqué, ni el cómo podía estar todavía allí, lo último que quería es sentir como el forense abría su torso. Escuchó un leve tintineo de algo metálico no muy lejos de él. Enseguida supo que era el ruido que produjo el bisturí al recogerse de la mesa de instrumentos médicos.

Intentó enviar una última señal. Una respiración, un latido, un parpadeo... algo.

«¡Estoy vivo, joder!» gritó con todas sus fuerzas, sin abandonar realmente su cabeza. Sintió como la afilada hoja abría la carne a su paso, haciendo que sintiese el dolor más intenso que jamás había sentido en toda su corta vida, sin cesar en un solo instante, in crescendo conforme bajaba hasta el vientre. El forense paró entonces la incisión y atendió una llamada en su teléfono móvil particular, sin prisa alguna... Total, aquel hombre no iba a ir a ninguna parte.

El accidentado escuchó un clic en su cabeza y no sintió más. Fue como si alguien apagase un televisor antiguo, aquel exacto sonido. Entre toda la negrura en la que se encontraba, empezó a formarse una niebla gris oscura que lo cubrió todo. Y entonces, ya no estuvo más en su cuerpo. La Nada llegó.

Tras treinta minutos de discusión sobre qué restaurante elegir para aquella noche con su mujer, y no ver como un instante después de coger el teléfono, el cuerpo que tenía tras de sí, exhalaba su último aliento, prosiguió con la autopsia. Una vez tuvo a la vista todos los órganos, le sorprendió por un momento la vividez que estos aún tenían, a pesar de las horas que ya habían pasado desde la muerte de aquel hombre y el rigor mortis que ya había aparecido. Según el informe, tras el intento fallido de reanimación por parte del enfermero in situ, sin ni siquiera sacar el cuerpo del vehículo y no encontrar aliento o pulso alguno y, utilizando el desfibrilador sin resultados satisfactorios, el siniestrado entró en parada cardio-respiratoria en quirófano. El informe también decía que el monitor de constantes vitales daba por hecho que no se podía hacer nada por aquella vida. Sacudió la cabeza y no le dio importancia a lo que sus ojos veían. Lo achacó al frío que reinaba en el exterior y al propio de la cámara en la que le esperaba el fallecido.

Nunca pasó por su cabeza que el monitor pudiese fallar, que un mal ajuste de software, que nadie había llegado a percibir, no pudiese detectar las funciones mínimas que aún trabajaban en el cuerpo que estaba sobre su mesa, cuando hundió la hoja del bisturí en el plexo solar.

Volvió a enfundar la mano que había utilizado para coger el teléfono en el guante de látex. Quería terminar pronto aquella noche. Se sentía realmente hambriento y tenía ganas de salir ya de aquella fría habitación.

Ya había tenido suficiente muerte por aquella noche.